

LA HORA DEL SEÑOR NERIO

Alberto Micheo

Sentados a la puerta de su rancho, conversamos largo y pausado sobre la situación del momento. Un hermoso bucare protegía nuestra intimidad. Daba gusto mirar alrededor. Líneas bien trazadas de matas de café ya a punto de madurar. Y cambures, muchos cambures, haciendo sombra al pequeño cafetal. Periódicamente el Señor Nerio lanzaba un "sisido" agudo de su lengua para espantar a los animales domésticos que interrumpían nuestra soledad: gallinas, pavos, cochinos...

Allí sigue viviendo el campesino Nerio. Uno de los tantos que habitan las montañas larenses. Uno de los varios millones de nuestra envidiable tierra patria. Campesino en el pleno sentido de la palabra, nada le falta de las cosas que dependen de él: comida, cobija y rancho... Le falta todo lo que depende de los responsables de los servicios públicos fundamentales: caminos, luz, médico y escuela... El se da perfecta cuenta de ello y piensa con gran sabiduría y profundidad. Lo piensa y lo guarda...

Su imagen contrasta con la figura deprimente o compasiva con que se pinta al campesino. Porque el Señor Nerio no es una excepción rara. Es más bien una figura bastante común en este sector de nuestro conjunto humano.

Esta última temporada el Señor Nerio anda inquieto:

— Mire Ud. las cosas que están pasando. Mucha gente viene comprando caraota a 15 bolívares el kilo. Pronto se nos acaba toda. Imagínese que vale más que el mismo café y con menos gastos y trabajo. Por otra parte nos dicen que a lo mejor este año no tendremos créditos porque no hay plata. Explíqueme Ud. qué es lo que está pasando..."

LA HORA LUMINOSA

Traté de explicarle la situación nacional: Nuestro endeudamiento, la pérdida del valor del bolívar, la incapacidad de comprar fuera las caraotas baratas que comprábamos hasta ahora, la escasez de la producción nacional... y como consecuencia el aumento de los precios causados por la escasez. El Señor Nerio lo entendió en seguida:

— Eso quiere decir que habrá escasez hasta que llegemos a producir lo que comemos...
— Exacto, es será así por lo menos por

unos años. Todo lo que sea comida: arbejas, caraotas, frijol... tendrán buen precio.

— Ya veo que es así, porque hasta el quinchoncho lo están pagando a 10 bolívares. Dígame Ud., nosotros que lo despreciamos como monte...

No hay duda que ésta pudiera ser la hora luminosa en la historia de nuestro campesino. Todo lo que puede producir vale hasta ser rentable; a pesar de los fletes de transporte por caminos imposibles. Y lo está aprovechando. La diferencia de terrenos sembrados con respecto a años anteriores es notable. Está cambiando el panorama de las montañas.

Le pregunté al Señor Nerio cómo le va ahora en sus visitas al pueblo. El campesino en general está obligado a ir al pueblo, una y otra vez, a cobrar el pago de su cosecha y cancelar con ello sus cuentas anuales en las bodegas. Produce una sola cosa, igual que los grandes terratenientes. Con su valor tiene que comprar todo el resto de sus necesidades: comida, vestido, medicinas... Este sistema no es el tradicional. Fue implantado empujado, en gran parte, por los técnicos de nuestra Reforma Agraria de la Venezuela petrolera. El conuco era un atraso. Debían entrar en un sistema moderno financiero y comercial...

¡Qué ignorancia! Implantar un sistema apto para un mundo capitalizado —mercados, comercio, bancos— en un contexto que no tiene posibilidad de acceso a ellos. Los resultados están ahí: un campesino sin capital para producir, por carecer de títulos de propiedad para garantizar los créditos de los bancos; sin acceso a los mercados, porque no le han dotado de caminos; sin comida suficiente, porque ni el café ni la caña de azúcar son alimento básico...

En este contexto, el campesino se defiende a base del "fiao" en las bodegas. Vive con un año de retraso en su economía... Con la cosecha anual paga sus gastos anuales con sus intereses. Estos intereses aumentan el precio unitario de los productos de una manera desorbitada. Por eso le preguntaba al Señor Nerio sobre sus idas al pueblo...

— Nooo, ya no se puede... El café no me da apenas para nada. Los precios han subido mucho. Vuelvo con la marusa vacía. Menos mal que yo apenas compro comida. Siempre tengo

mi conuco. Pero toda esa gente que sólo tiene cafecito..., está jodida... Pasando hambre. Y esos muchachos llorando y pidiendo arepa...

Se está redescubriendo el valor del conuco familiar. Lo inteligente consiste en no comprar lo que se puede producir en casa. Y vender solamente lo que sobra del consumo familiar. Como dice el Señor Nerio: "A los precios actuales, vendiendo sólo las sobras nos pagan tanto como antes vendiendo todo. Y no gastamos nada comprando comida... Eso sí es negocio". Y se ríe con satisfacción no reprimida...

No hay duda que pudiera ser una hora luminosa para quien dispone de unos palmos de tierra para producir. El Señor Nerio lo confirma haciendo una comparación.

— Los que deben andar mal con toda esa pobre gente de los pueblos. Tengo una hija casada que se fue para Barquisimeto. Vive en el barrio La Carucieña. Antes venía en Semana Santa a visitarnos con su marido y los muchachos. Venía con muchos corotos para la casa: ollas nuevas, platos y carritos para los tripones. Ahora su marido está sin trabajo. No sé que podrá comprar a estos precios. Este año voy a tener que ir yo mismo a llevarles comida. Aquella pobre criatura estará pasando hambre...

Mientras hacíamos estas reflexiones, noté que la mirada del Señor Nerio se oscurecía. Tenía los ojos clavados en un punto lejano de la montaña que yo confundía con el infinito.

— ¡Qué es lo que mira, Señor Nerio?
— ¡Ve Ud. allá abajo, en la quebrada? Viene un carro de la guardia. A alguien le van a "bolear". Antes nunca aparecían por aquí. Cuando los llamábamos por algún problema no venían, porque no tenían vehículos. Ahora tienen Toyotas nuevos.

LA HORA OSCURA

La guardia es parte constitutiva del mundo campesino. Su presencia es indispensable para tantos actos de violencia interna; pero el campesino no tiene acceso a ninguna instancia en caso de cualquier arbitrariedad por parte de ellos. ¡Pobre del campesino que se atreve a delatarlos! Primeramente, no tiene ninguna posibilidad de ganar el pleito. Y si por casualidad ganara, la cosa es peor.

Queda fichado de por vida con el cuerpo. La guardia tiene infinitas razones legales para hacerle la vida imposible: desde la cédula de identidad caducada, pasando por absurdos permisos para trabajar la tierra, hasta el certificado médico para conducir vehículos.

Paradójicamente el enemigo radical del campesino es la legislación vigente. Como consecuencia de ello viene la guardia como garantía de su cumplimiento. No queremos ser mal entendidos. No hablamos de que la ley sea contraproducente; sino cierta legislación que no se adapta a la realidad y es imposible de ser cumplida en un contexto dado.

Esta es una consecuencia típica de toda sociedad que se desarrolla en forma dual, no uniforme. Venezuela es un caso extremo por más que nos ufanemos de nuestra filosofía igualitaria. Nos hemos desarrollado violentamente. Pero analizando más estrictamente, lo exacto es decir que se ha desarrollado un sector de nuestra sociedad: el sector urbano-comercial. La relegación y estancamiento del sector rural-agrícola ha sido total.

En estas circunstancias las legislaciones positivas para un sector llegan a ser contraproducentes en el contexto del otro sector. Se implementan mecanismos indispensables en uno de los sectores y no se tiene en cuenta implementarlos también en el otro. De ahí que al campesino le sea imposible conseguir, dentro de su ámbito, las exigencias formales de la ley. Las oficinas se encuentran solamente en la ciudad. Y hasta allá le es imposible llegar. Sin embargo, los organismos encargados de exigir la ley, la guardia, se presentan a la puerta de su rancho.

Las consecuencias de esta dualidad se viven todos los días en el campo. Es natural, por ejemplo, que se tenga un cuidado especial de los pocos árboles que subsisten en Caracas. Lógicamente es positiva una ordenanza que exija permiso especializado para el corte de la más mínima rama. Pero esta ordenanza es absurda en el campo donde la vegetación estorba la producción. Sin embargo, el campesino necesita permiso para limpiar la tierra que va a cultivar, para tumar el árbol dañado que pelagra caer sobre su rancho, permiso, en fin, para trabajar... Y tiene que ir lejos para adquirirlo. Es una de las cosas que el Señor Nerio no entiende:

— Si hay escasez de comida, ¿por qué no nos dejan trabajar? Este año casi todos estamos “citados” por la guardia. No es nuestra la culpa. Pedimos los permisos, pero no nos llegan. Y si

nos descuidamos, ya es tarde para sembrar. Y si no sembramos, ¿de qué vamos a vivir?

A pesar de ello, la respuesta campesina está a la vista. Un gran esfuerzo de producción; campos cultivados en todos los rincones de la montaña; pequeño alivio para la Venezuela urbanizada en crisis, provocada por gobernantes incapaces y hasta ladrones... Lo terriblemente triste es constatar que todo ese esfuerzo entra dentro de la ilegalidad formal. El campesino, no solamente tiene que dominar la naturaleza, sino hacerlo fuera de ley. En cualquier momento puede ser castigado por contribuir a solucionar un problema nacional.

VIVA LA GUARDIA

En este contexto de vida hasta la misma guardia se encuentra entre la espada y la pared. Como en cualquier organismo humano, en el cuerpo hay todo tipo de personas. Hay gente pensante que se da cuenta de la situación y simplemente “hace la vista gorda”. El contacto frecuente con familias campesinas y la lógica de sus razones les hacen mucho peso. Y, pasan con los ojos cerrados...

Hay otro grupo, sin duda mayoritario, que también se da cuenta del absurdo de cierta legislación para el campo, pero el cumplimiento de las órdenes tiene para ellos más peso que la justicia objetiva. Con ellos no se puede dialogar. Su comentario siempre es el mismo y definitivo: “Cumpro órdenes”. A veces uno se desespera y los enfrenta.

Me encontré con un caso en que un comando de 50 guardias acampó en casa de un hacendado con la misión de sacar a toda una comunidad campesina de las tierras que estaban cultivando. Sabía que era una maniobra del hacendado, con influencias políticas, para quedarse él con las tierras de los campesinos y ensanchar su latifundio. Los campesinos, por su parte, desesperados mantenían su posición definitiva: “Nos tendrán que sacar muertos”. Decidí dialogar con el jefe del Comando. Era un Teniente recién graduado, que estaba cumpliendo su primera misión oficial. Es natural que lo quisiera hacer bien.

— Teniente, soy el representante religioso de esta comunidad campesina y quisiera saber qué va a pasar con ellos. Porque yo también pertenezco a una institución eclesiástica y tengo que informar a mis autoridades... (Probé este argumento eclesiástico para ver si funcionaba, por aquello de

que: “Con la Iglesia has topado, Sancho...”).

— La respuesta fue inmutable. “Estos campesinos tienen que salir de aquí por las buenas o por las malas”.

— Perdone, Teniente, pero ¿ha estudiado Ud. la situación, las razones de los campesinos, en fin, dónde está la posición justa?

— Eso a mí no me corresponde. Yo cumpro órdenes.

Ante semejante muro me sentí derrotado. Antes de retirarme y sin pensar mucho en las consecuencias de mi actitud, me salió desde el fondo de mi impotencia:

— Mire, Teniente, ¿Ud. sabe algo del juicio de Nuremberg?

— Sí, Señor, se trata de los criminales de la guerra mundial.

— ¿Y Ud. sabe por qué los mataron y cual fue su defensa? Pues su defensa fue que cumplían órdenes y a pesar de ello los mataron a todos...

Hay otro grupo de guardias famosos. De esos que pudieran entrar en el folklore nacional. Difícil de cuantificar su número. Sus actuaciones corren de boca en boca entre los campesinos. Es posible que exageren los datos y hasta los mitifiquen. El hecho es que realmente existen. Al parecer, también en un cuerpo tan disciplinado se introduce el típico vivo que dice: “A mí que no me paguen, pero que me pongan donde haga”. Y realmente le sacan el jugo a su puesto.

En una región de Falcón es famoso un Sargento. Por muchos años ha sido el jefe de vigilancia de la región. Todo el mundo ha tenido que ver algo con él. Uno de los aspectos que tienen que vigilar en esa región es el juego ilegal de dados. Nuestro Sargento, cuando sorprende alguna mesa de jugadores, se sienta a jugar con ellos... Si gana, no hay problema. Cuando pierde, el ganador le tiene que entregar toda la plata ganada para seguir jugando. De lo contrario, va preso...

En el caserío Agua Amarilla vive el campesino Cantalicio. Un día se presentaron dos guardias en su rancho. Le dijeron que tenía una acusación de otro campesino de haberle robado nueve sacos de café. Le ordenaron que tenía que llevar la misma cantidad al comando hasta que se aclarara el asunto. Era prácticamente todo su ingreso anual. Le ayudamos a llevar el asunto a los tribunales. Se ganó el pleito con el otro campesino en todas las instancias. Pero no pudo recuperar el café depositado en el comando. Nadie sabía dónde estaba... Se había



perdido.

Este sector de la guardia está especialmente activo en la coyuntura actual. El señor Nerio me cuenta los casos que ha vivido.

— A mi compadre Felipe le hicieron cargar 6 sacos de caraota de la cosechita que tenía en el rancho. Le dijeron que estaban en un operativo en contra de los acaparadores... Ahorita uno tiene que esconder hasta los machetes. Nos los quitan, porque no tenemos permiso de armas... A mi compadre Nemecio le quitaron unas botellas de miel. Las llevaba para vender y luego pagar una medicina para los muchachos. Al llegar al pueblo le paró la guardia y le quitaron las botellas. Le dijeron que para vender al público se necesitaba permiso de sanidad... Dígame Ud., ¿con qué compramos entonces las medicinas para los enfermos si el Fondo Nacional de Café lleva cinco meses de retraso para pagarnos el café que entregamos?

Esta es la dimensión oscura de la hora campesina: control irracional. No deja de ser triste el hecho de que el mayor signo de reactivación sea el de los organismos represivos...

¿LA HORA CAMPESINA?

Hay optimismo con respecto a la respuesta del sector agrícola. Todos los días aparecen noticias sobre "el cosechón de maíz". Para lo que estábamos acostumbrados, no hay duda que se trata de una buena noticia. Y se están sacando consecuencias muy optimistas del hecho: "Comenzó la reactivación

económica en Agricultura". Como es costumbre, los gobernantes de turno tratan de maximizar su significado y los opositores de ensombrecerlo. También están los industriales que tratan de sacarle el mayor jugo a la situación de emergencia.

Sin quitarle ningún valor a lo conseguido, parece oportuno reflexionar sobre el tema. Podría ser el momento propicio para hacer algo serio y definitivo en el sector. Hablando con un investigador del campo que al mismo tiempo trabaja en su propia finca, le comenté:

— ¿Qué le parece la reactivación de nuestro sector?

Con sonrisa reticente me contestó:

— Ud. bien sabe que una cosa es el aumento cuantitativo de un producto o dos y otra cosa muy distinta es la reactivación del sector agrícola. Vamos a ver cuánto dura este nivel de producción maicera.

En la conversación coincidimos en muchas cosas. Podemos producir ciertos productos agrícolas rápidamente, hasta llegar al autoabastecimiento: maíz, sorgo, arroz... Pero esto no necesariamente significa el logro de un sector agrícola estable. Pueden ser producciones esporádicas que sólo dependen del precio del momento. Puede ser el caso actual del maíz. Para el logro de un sector productivo permanente en agricultura se necesitan dos condiciones íntimamente relacionadas:

- 1) Una población rural estable en condiciones de vida social correspondiente al valor de esa actividad: pequeños poblados rurales productivos, con servicios básicos de agua, luz, médico y escuela, etc.
- 2) Base de propiedad cultivable, legalmente segura y suficiente para una rentabilidad que proporcione cierto nivel de vida.

En Venezuela tenemos materia prima, en bruto, para el logro de estas dos condiciones. Por un lado tenemos gente radicada en el campo con vocación y deseo de permanencia en esa actividad. Y por otro lado, una extensión de tierra cultivable para una producción suficiente para abastecer el país. Nuestro problema consiste en la radical desconexión de estos dos elementos: Grandes extensiones de tierra, latifundios, jurídicamente adjudicados a unos pocos propietarios, muchos de ellos ausentes de esas tierras; y varios millones de potenciales productores, dispersos, sin propiedad legal, produciendo en tierras poco aptas y hasta en condiciones ecoló-

gicamente contraproducente. Es la mayor parte del sector campesino.

Con esta estructura tenemos que enfrentar la crisis alimentaria actual. La tentación inmediatista, politiquera, consiste en poner rápidamente a producir esos latifundios inactivos. El aumento de precios sería el incentivo. Eso se está haciendo y ya vemos los resultados. No tenemos donde almacenar la cantidad de maíz que se ha producido. Es un producto que se presta a una rápida respuesta por su facilidad de cultivo extensivo en tierras llanas y con maquinaria. Tampoco necesita mucha especialización técnica. El peligro consiste que tan pronto como baje la rentabilidad del momento, con la misma celeridad se deje de producir. El propietario latifundista no vive de eso. En este contexto, el aumento de producción no significa ninguna reactivación permanente del sector.

Por el otro lado, el productor campesino, minifundista y perdido en las montañas, no tiene forma de extender su producción. Tiene que deforestar montañas con el rudimentario sistema de "tala y quema" con mínima productividad y resultados ecológicamente negativos. Para ellos los incentivos de producción son incentivos para extender su ilegalidad. Triste trabajo para la guardia nacional...

Ante esta situación, podría ser el momento propicio para llevar a la realidad el hermoso proyecto de la Reforma Agraria. Es el reto que tienen nuestros gobernantes. Sabemos que los enemigos son muy poderosos. Pero estamos convencidos de la solidez de nuestra democracia. La creación de un auténtico sector agrícola sería una demostración de su capacidad y una prueba auténtica de su legitimidad.

Sería una lástima que se perdiera esta oportunidad. Sería triste que se inclinaran por la solución inmediatista, miope y politiquera. ¡Que se produzca rápido y a como dé lugar! Que la solución auténtica y definitiva la dejen para mañana, para lo mismo decir mañana... En este caso seguiremos sobreviviendo mirando atrás, tratando de tapar "la torta" de nuestra deuda externa con poses elegantes ante un mundo financiero sátrapa y devorador de los débiles...